

plenamente justificados por las pinturas aztecas, que han conservado la memoria de todas esas menudencias (28).

Daré una ligera idea de éstas, para que mejor se comprenda su relación con las otras.

(28) Ya que vuelvo á tocar este punto de la tradición histórica, copiaré en seguida lo que sobre su esmerada cultura y conservación, nos dice un antiguo escritor que ha llegado á mis manos después de impresas las páginas anteriores. "El segundo modo que observaban los naturales, para que no se perdiese la memoria de los casos memorables y que fuesen pasando de padres á hijos por dilatados siglos, era por medio de unos cantares que componían los mismos sacerdotes en cierto género de versos que iban añadiendo á trechos unas interjecciones no significativas, que servían para la cadencia sola de su canto. Estos se enseñaban á los niños que conocían por más hábiles y memoriosos, conservándoles en la memoria éstos; y en llegando á ser provecetos en la edad y suficiencia, los cantaban en sus festividades y en sus saraos ó mitotes, al son de instrumentos músicos, que unos llamaban *Teponazatl* y otros *Tlalpanhuchuettl*.—Por medio, pues, de estos cantares pasaron de uno en otro siglo tradiciones y acontecimientos de quinientos y mil años de antigüedad: en éstos se referían las guerras, victorias y desgracias, hambres, pestes, nacimientos ó muertes de los reyes y varones ilustres; el principio y fin de sus gobiernos, y las cosas memorables que iban acaeciendo en cada siglo." (*Felicidad de México en la admirable aparición de Nuestra Señora de Guadalupe, &c*, por el Bachiller Luis Becerra Tanco; en el volumen 1, página 546 de la colección de obras y opúsculos guadalupanos. Madrid, 1785, en 8^o).

El primer suceso es el relativo al eclipse observado cuando la construcción del templo de Cohuatlán y guerra Matlatzinca, que se fija en el 5^o año del reinado de *Axayácatl*. Esta noticia corresponde exactamente con las pinturas de los códices Telleriano (29) y Vaticano (30). Allí se ve en el año señalado con el símbolo *siete casas*, correspondiente al nuestro 1473, la representación de un templo, la de las batallas que precedieron á su construcción, y el geroglífico del eclipse. Retrocediendo cinco años de aquella fecha, se encuentra en el de 1469, señalado con *tres casas*, la representación de la muerte de *Moteuczoma Ilhuicamina* y exaltación al trono de *Axayácatl*.

El segundo hecho está comprobado de la misma manera en la lámina 15 del códice Telleriano, y en la 119 del Vaticano, que ponen el eclipse y combate singular en el año *diez pedernales*, correspondiente al nuestro 1476.

El tercero, y según parece más terrífico

(29) En el vol. I. parte 3^a, Lám. 14 de la colección de Lord Kingsborough.

(30) En el vol. I. II de la misma, lám. 118. Véase la interpretación de ambas en el vol. VI.

de todos los eclipses, fué el observado en tiempo de *Ahuizotl*, pues las historias lo recuerdan como el principio de una éra de calamidades y de desgracias para la nación, las cuales tambien se ven representadas en los años siguientes. con los símbolos de la nieve, el terremoto, la hambre &c.—Los códices citados lo representan (31) en el año *tres pedernales*, correspondiente al nuestro 1496, y debió ser casi total, pues pintan cubierta la mitad del disco solar y á éste en campo azul sembrado de estrellas.

La más interesante y variada de todas las noticias es la cuarta, comprensiva de los sucesos ocurridos en el sexto año del reinado de *Moteuczoma*. Allí se ve (32) en el año *dos cañas*, correspondiente al de 1507, la figura de un templo sobre una montaña, y al pié de ésta el símbolo de la atadura de los años, que indicaba la conclusión de un ciclo y la gran fiesta de la renovación del fuego, última que celebraron los mexicanos. En la cima de la montaña se descubre una planta verde con

(31) Cód. Teller. lám. 22.—Vatic. lám. 126.

(32) Cód. Teller. lám. 25.—Vat., lám. 131.

flores amarillas y encarnadas, que infiero sea el símbolo del renacimiento, pues los mexicanos creían que en uno de estos períodos cíclicos debía acabarse el mundo, y por tal motivo acostumbraban destruir en ese día todos sus muebles y utensilios, que no comenzaban á renovar sino hasta después que había relucido el fuego nuevo en la cima del *Vixachtecatl*.—Más abajo se ve el símbolo del agua, y en medio de él algunas cabezas que tienen los ojos cerrados, con lo que significaban que allí se habían ahogado aquellas personas: á la izquierda hay un símbolo que denota el nombre del río (el *Tucac*) en que acaeció tal desgracia: á la derecha se ve un signo numérico que da la suma de los ahogados, que fueron 1800. Del símbolo de este año sale en el códice Telleriano una línea de la cual penden los símbolos del eclipse, de un pueblo que parece conquistado y de un terremoto, siendo de notar que la línea parte de la extremidad del cuadro jeroglífico, en que termina aquel año y comienza el de *tres pedernales*. Esta línea no se encuentra en el códice Vaticano; pero sí se nota que el símbolo del eclipse está colo-

cado entre los años *dos cañas y tres pedernales*, correspondiente á los 1507 y 1508, hallándose también representado en una y otra pintura, el alzado de un templo que debe ser probablemente el de *Tzommolli*, reedificado por *Moteuczoma*. Que tales sucesos ocurrieron efectivamente en el sexto año de su reinado, se demuestra sacando la cuenta en retroceso hasta el de 1502, en que el historiador azteca anotó su exaltación y la muerte de Ahuítzotl.

Una vez comprobada la verdad de la narración histórica por el medio de su cotejo con las pinturas, sólo resta contestar una objeción. Algún crítico dirá que tales narraciones no adquieren ningún grado de certidumbre, por la minuciosidad de sus pormenores, ni menos porque se les haga coetáneas con ciertos fenómenos celestes, á menos que se pruebe que éstos hayan realmente acaecido. Tan justa como es esta observación, tanto así es concluyente la prueba que ministra su respuesta en favor de la autenticidad de nuestros anales, y si no fuera por el abandono y salvaje desprecio con que en mi país se ha visto, ya no digo el estudio, sino aun la conservación

de sus manuscritos y de sus antigüedades, yo debería encontrarme esta vez en la aptitud de exhibir la detallada historia de nuestro cielo, para comprobar la de nuestro suelo. (33)

D. ANTONIO DE LEON Y GAMA, uno de los más distinguidos sabios que honran á México, y el último anticuario que en él ha florecido de un siglo á esta parte, habiendo reunido un gran número de manuscritos originales y de pinturas, emprendió escribir la *Historia Cronológica* de los mexi-

[33] *Becerra Tanco* dice en el opúsculo antes citado, pág. 550:—“Estas pinturas eran y son tan auténticas como los escritos de nuestros escribanos públicos, porque no se fiaban de la plebe ignorante, sino de los sacerdotes solamente, que eran los historiadores, cuya autoridad y crédito era muy venerable en el tiempo del gentilismo. Quitando pues, lo supersticioso que toca á los ritos, lo historial es auténtico y verídico.”—En comprobación de este aserto se podría citar la práctica observada, aun después de cien años de la conquista, en la sustanciación de las causas civiles y criminales de los indios. Todas ellas, especialmente las relativas á tributos y apeos, estaban escritas en símbolos y caracteres geroglíficos, viniendo de aquí la necesidad de la plaza perpetua de intérprete, que por largos años se conservó en el virreinato y en la audiencia, servida por personas tan dignas é inteligentes, como *Ixtlilxochitl* y *Don Carlos de Sigüenza*. Aun hoy se conserva en el archivo general algunos de esos procesos.

canos, comprobada con los cálculos astronómicos de los fenómenos celestes de que aquellos hacían mención en sus historias. Parece que esta obra llegó á estar enteramente concluida; pero el gobierno de entonces miró con desdén el esfuerzo gigantesco de nuestro sabio, y ese precioso monumento literario se ha perdido, así como todos los otros manuscritos, pinturas y antigüedades que había reunido el diligente y desvalido arqueólogo, no quedándonos de sus trabajos más que la *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras* descubiertas en 1790, y esto gracias á la infatigable constancia de nuestro benemérito literato y mi buen amigo el Sr. D. Carlos María Bustamante. En esa obra, donde se ilustran y rectifican los puntos más interesantes y curiosos de nuestra historia antigua, mal conocidos ó apreciados por los otros historiadores, se encuentran algunas noticias tomadas de la *historia cronológica*, cuyo interés nos revela toda la importancia de lo que perdimos. Una de éstas es la relativa á los eclipses observados en tiempo que Axayacatl hacía guerra á los Ocuiltecas, Matlatzinecas, &c., sobre cuya época discordan los historiado-

res. El Sr. Gama, poniendo en ejercicio sus sobresalientes conocimientos astronómicos, comenzó por examinar si en efecto hubo tales eclipses, y sacó por sus cálculos que á fines del año *diez pedernales*, correspondiente al 1476, ó á principios del de *once casas*, 1477, debió observarse en Méjico el eclipse de que hablaban los historiadores. (34) ya se ha visto que este fenómeno se encuentra anotado con su respectivo gerglífico, en las pinturas mexicanas, en el año de 1476, cuya circunstancia es á su vez una confirmación del cálculo astronómico, pues Gama, como lo observa el Barón de Humboldt, (35) no ho debido conocer estas pinturas. El mismo Gama hace mención desde §52 de otros varios cálculos de eclipses que había formado para los años siguientes, y llama desde luego la atención la conformidad que se observa entre el resultado de aquellos y las observaciones consignadas en los anales aztecas, que continuán reproduciendo en los mismos ó apro-

[34] Descripción de las dos piedras &c., parte 1, § 56.

[35] Vues des Cordilleres, vol. 2, pág 298 de la edición in 8°

ximados períodos, el símbolo del eclipse, aunque bajo una cierta diversidad de forma que tal vez serviría para denotar el mayor ó menor grado de oscuración. (36)

Uno de los ramos de nuestra historia, que ignoro se haya cultivado hasta ahora, es el de las inscripciones aztecas, á la vez que su estudio podría ayudar, cuando menos para rectificar los errores ó fijar las incertidumbres de nuestra cronología. Confieso que he vacilado al enunciar este pensamiento, por el temor de la ofensiva incredulidad y desconfianza de los que no quieren conceder á los aztecas nada que salga de los estrechos límites que ellos pretenden fijar á su capacidad y á sus adelan-

(36) No han sido tan felices los arqueólogos europeos, que todavía trabajan para fijar la fecha del combate entre *Cyaxares* y *Alyates*, mencionado por Herodoto, con la notable circunstancia de haberse terminado por el espanto que sembró entre los combatientes un eclipse que convirtió repentinamente el día en noche. Habiéndose tomado este dato como un punto seguro de apoyo para fijar la fecha, han formádose cálculos que, en los autores citados por *Larcher*, divagan dentro de un período de veinte y tres años, el cual sube hasta *cuarenta* en los nuevos que ha tenido á la vista *Miot*.—Vease el lib. 1, cap. LXXIV de la historia de Herodoto, con las notas de los comentadores que cito.

tos sociales. Sin embargo, es seguro que los mexicanos, así como todos los otros pueblos del mundo, han debido pensar en transmitir la memoria de sus grandes sucesos á las generaciones venideras, por medios proporcionados á su capacidad ó á sus recursos. (37) De aquí infiero, que si entre nuestras piedras monumentales se encuentran algunas de un tipo singular, pero que se comprenden y aun pueden explicar en todo ó en parte, desde el momento en que uno las considera destinadas á perpetuar la memoria ó la fecha de un suceso conser-

[37] Todas las historias de los pueblos primitivos atestiguan que los primeros monumentos levantados por la mano del hombre para perpetuar la memoria de algún suceso importante, consistía en una simple agregación piramidal de piedras sin labrar, substituidas más adelante por monolitos. De esta especie era la que consagró Jacob en el lugar donde tuvo su célebre visión, y de esta forma y de la anterior participaba el monumento que poco después erigió en recuerdo y testimonio de la alianza celebrada con su suegro Labán. Este le llamó *Jegar Saadoutha*, es decir, *montón del testimonio* (*tumulum testis*) y Jacob, *Galaad* ó *monton del testigo* (*acerbum testimoni*), palabras todas que llevan consigo la idea de un recuerdo. Quizá éste fué también el primer pensamiento que condujo á la pirámide y al obelisco á la ara, al altar y al templo, en los cuales una generación más civilizada esculpió después con caracteres parlantes la memoria de los sucesos.

vado por la historia, debemos concluir que esa piedra es una inscripción. Pareciéndome reconocer algunas de esta clases en el Museo Nacional y en las estampas de las *Antigüedades mexicanas*, publicadas por los señores Baradere y Saint Priest, las examiné con más detenimiento y me confirmé en mis conjeturas: habiéndolas sujetado después al crisol de la historia, me pareció también que no eran del todo indescifrables, y que una de ellas se podía adaptar á la época de las famosas victorias que alcanzó Moteuczoma II, de las cuales, como ya se ha visto, hacen mención Torquemada y las pinturas aztecas. Sin embargo, no me he atrevido á producir este dato como una confirmación de mis pruebas, porque aun no he tenido tiempo para examinar las piedras con la detención y cuidado que demandan; mas si aquel y la fortuna favorecieren mis investigaciones, daré al fin de estas notas un ensayo sobre este ramo de nuestra historia, que otros adelantarán y perfeccionarán con mejores datos y conocimientos.

Por lo demás no me parece que nuestros monumentos históricos necesiten de más

pruebas que las producidas en el discurso de esta nota para fundar su exactitud y su autenticidad, ya se comparen con las que sirven de fundamento a los de las otras naciones, ya se atienda al mérito intrínseco de los monumentos mismos. El natural desdén con que vemos lo que es de reciente data; el desprecio con que hasta hace poco se hojeaban nuestras antiguas historias, que, en sentir de los tiranos de la literatura, no eran más que una confusa hacina de absurdos, de delirios y de patrañas; la admiración exclusiva por sólo lo antiguo, en que hay más lujo que gusto, y más espíritu de imitación que amor al estudio; en fin, esa crítico-manía intolerante y vana que hace un siglo cortó el vuelo al más distinguido de nuestros arqueólogos, habían sido los escollos en que se estrellaron los beneméritos investigadores de nuestras antigüedades, que ni obtuvieron jamás protección, ni estímulo de los gobiernos nacionales, y que cuando no tenían ó sufrían su persecución, tenían que arrostrar con la sátira y con la burla de miserables sabiondos.

El ilustre Barón de Humboldt, á quien

la historia mexicana debe tantos beneficios cuantos agravios ha recibido de los que han trillado su camino, fué el primero que á la sombra de su esclarecido nombre logró fijar la atención del mundo culto sobre nuestras antigüedades. Desde entonces comenzó á rozarse el breñoso, pero fecundo terreno, que las sepultaba en las entrañas de la tierra, entre la impenetrable maleza de los bosques y bajo el polvo de los archivos. El noble Lord Kingsborough, á quien debemos estimar y venerar como al verdadero restaurador de las antigüedades mexicanas, ha librado todos esos monumentos del olvido y de la destrucción, erigiéndose á sí mismo con la magnífica colección de pinturas mexicanas que ha publicado, un imperecedero monumento de su ilustración y de su gloria. En ella se encuentran los célebres anales aztecas que forman el asunto de esta nota, y que en juicio del Barón de Humboldt, *son un monumento de la mayor autenticidad y dignos de ser consultados por todo el que quisiere emprender una historia clásica de los pueblos mexicanos.* [38].

[38] *Fues &c.*, vol. 2, pág. 293.

—En efecto, haciendo un estudio comparado de nuestras memorias históricas y de las pinturas conservadas en esos códices, podremos adelantar mucho los conocimientos que poseemos sobre nuestras pueblos primitivos, y aun restaurar en parte la clave de esa escritura misteriosa que hoy debe considerarse perdida. Es sólo de sentir que el noble Lord, consultando más á su gloria y á la espléndidez de la edición, que á la utilidad pública, la haya hecho tan magnífica y por consiguiente tan costosa, que la pone fuera del alcance aun de fortunas medianas. El único ejemplar que yo sepa existe en México, se conserva en el Museo Nacional, y según me han dicho, aunque el gobierno la compró de segunda mano, todavía le costó un precio muy subido. Se dice que hoy ha bajado mucho éste, y sin embargo, el que se le fija aún es demasiado alto para las mezquinas fortunas de los muy pocos que en nuestro país podrían dedicarse á esta especie de estudios, en medio del torbellino revolucionario que nos agita y nos devora. Yo he reconocido con profundo pesar que cualquiera mediana protección por parte del

gobierno, ayudada por la del público, bastaría para reproducir con mayor utilidad, y á un precio sumamente módico, esa interesante colección, mejorándola con el aumento de los originales que existen en nuestro Museo. Pero ésta es empresa que dudo lleve al cabo la generación actual.

NOTA SEGUNDA.

SACRIFICIOS HUMANOS Y ANTROPOFAGISMO
DE LOS MEXICANOS.

CAPITULO III página 57.—Cuando se recuerdan los usos repugnantes que hemos dado á conocer en las páginas anteriores, se experimenta gran dificultad en conciliarlos con ninguna forma regular de gobierno, y en atribuirlos á un pueblo adelantado en civilización: *sin embargo, los mexicanos tienen justos títulos á este renombre.*

El señor *Prescott* nos propone aquí unos de los problemas más interesantes y curiosos que presentan las ciencias políticas y filosóficas, y que tiempo ha debían haber resuelto nuestras sociedades literarias, aunque no fuera más que por un motivo de amor propio. Perplejo un momento el autor entre la teoría y la práctica, entre su convicción y sus afectos, toma al fin un partido, y decide, pocas líneas después: *que es IMPOSIBLE que el pueblo acostumbrado á esas prácticas inhumanas, haga grandes adelantos en la cultura moral é intelectual; y da la razón; porque ellas corrompen la naturaleza espiritual é inmortal del hombre, infundiéndole las ideas más abominables y degradantes. Quedaba, sin embargo, por desatar una grave dificultad, en la reconocida civilización de los mexicanos; mas el autor la juzga enteramente resuelta con sólo observar: 1º, que la civilización de éstos no era propia, sino heredada de los toltecas, que jamás mancharon sus altares, ni menos sus festines, con la sangre de los hombres: 2º, que si bien hicieron algunos adelantos en aquella cultura, que puede llamarse meramente material, habían quedádose muy*